



LA IGLESIA DEL NUEVO TESTAMENTO (III)

EL APOSTOLADO DE LA CIRCUNCISIÓN (Gálatas 2:6-9)

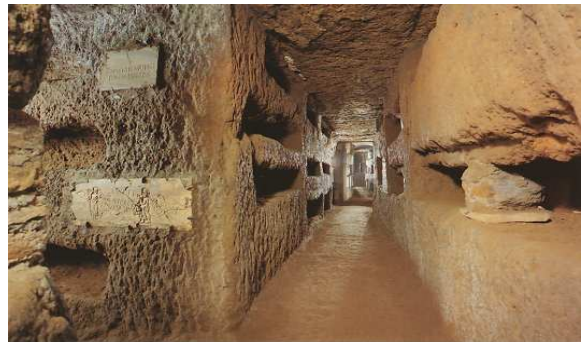
La Iglesia judeocristiana

El término **judeocristiano**, como tal, no aparece en el nuevo testamento; aquí encontramos dicho concepto con el nombre de "los de la circuncisión". El término *judeocristiano* es una creación de la ciencia moderna acuñado en el siglo XIX para designar a los discípulos de Jesús que, a sabiendas, habrían querido permanecer cercanos al judaísmo. Estos se dividen en dos grupos, según su lengua original: arameo o hebreo, por un lado, y griego, por otro (Hechos 6:1). Se puede distinguir incluso entre los judeocristianos de Judea y los de la diáspora, que podían ser a su vez, según las regiones, de lengua griega o de lengua aramea. El término **judaizante**, igualmente, es una referencia más marcada de aquellos discípulos que, además, querían imponer la ley de Moisés a los gentiles (Jean-Pierre Lémonon).

Así pues, cuando hablamos de la "Iglesia judeocristiana" nos estamos refiriendo a la única Iglesia existente durante al menos la primera década del cristianismo, la Iglesia "primitiva". Todos los discípulos de la Iglesia "primitiva" eran judeocristianos y siguieron guardando las "costumbres" de la ley (Hechos 15; 21: 17-25). Esto es comprensible si pensamos que los judíos que creyeron en Jesús no dejaron de ser judíos, tanto los residentes en la región de Palestina como los de la diáspora. Tras ellos había siglos de leyes y tradiciones sociales y religiosas que marcaban un estilo de vida desde el nacimiento hasta la muerte. ¿Por qué tendrían que romper, de un día para otro, con toda esa carga emocional, psicológica, familiar, social y religiosa? ¿Por qué tendrían que abandonar la señal del pacto de Dios con Abraham: la circunci-

Resumen de lo último publicado

En las dos primeras entregas hemos visto el perfil religioso de la Iglesia de **Jerusalén** y el de la Iglesia de **Antioquía**, diferente uno del otro. La presencia de estos dos grupos religiosos, tan distintos entre sí, dieron origen a dos historias cada vez más divergentes en el cristianismo primitivo: la Iglesia judeocristiana (el apostolado de la circuncisión) y la Iglesia gentil (el apostolado de la incircuncisión) cuyo líder y arquitecto, de esta última, fue Pablo de Tarso.



Catacumba de Santa Domitila

sión (Génesis 17), la fiesta que conmemoraba la liberación de la esclavitud egipcia: la Pascua (Éxodo 12) y las reglas alimentarias, de santidad... (Levítico 11-sigs.)? Todo esto, según la teología de Pablo, en la nueva dispensación de la gracia, no era necesario guardar para ser salvo, pero guardarlo era compatible con la fe que salva, al menos para los judíos que creían en el evangelio. Otra cosa diferente son los **judaizantes**; es decir, aquellos judeocristianos que además de guardar la ley querían imponerla a los gentiles. Pablo, con la definición de "el apostolado de la circuncisión" estaba haciendo un reconocimiento del estilo de vida religioso de los discípulos judíos que seguían guardando la ley (Gálatas 2:7-8).

Guardar la ley: identidad de la Iglesia primitiva

Nuestra educación religiosa nos impide asumir que la "Iglesia primitiva" era enteramente judaica, apegada a la ley; y que continuó siéndolo incluso después del concilio de la Concordia, de manera paralela y contemporánea a la Iglesia que surgió en el mundo gentil.

Esta iglesia primitiva, apostólica, única, fundada el día de Pentecostés, fue la iglesia a través de la cual el Espíritu Santo se hizo presente: con dones de lenguas (Hechos 2), con los milagros (Hechos 3:1 sigs.; 5:12 sigs.; 9:40 sigs.; etc.), en la oración (Hechos 4:31), en la imposición de manos (Hechos 8:14-19), fortaleciendo las iglesias (Hechos 9:31), etc. Fue tal su autoridad y su convicción, que afrontó un concilio para discutir la necesidad o no de que los gentiles guardaran la ley. La conclusión a la que llegaron fue que los gentiles sólo deberían cumplir con algunos preceptos de la ley. Los líderes presentes en dicho concilio no fueron subalternos, sino los apóstoles y los ancianos de la iglesia de Jerusalén (Hechos 15:2). Además, para estos líderes de la iglesia primitiva, guardar la ley era “*andar ordenadamente*” (Hechos 21:24).

Pedro y Pablo: la confirmación de dos ministerios

Pablo, tras su conversión, se destacó como un líder excepcional en el campo gentil, para cuyo apostolado había sido llamado (Hechos 26:16-18). Después de una carrera misionera productiva fuera de Palestina, quiso compartir con los que eran considerados “columnas” de la iglesia de Jerusalén (Pedro, Jacobo y Juan) lo que había estado enseñando entre los gentiles. Es obvio que en este encuentro también Pedro, como líder prominente entre los otros apóstoles, compartiera qué enseñaban ellos entre los judíos.

Ambos, Pedro y Pablo, eran conscientes de las diferencias de sus ministerios por causa de los campos distintos de misión; por ello, y por mutuo acuerdo, demarcaron dos áreas geográficas-culturales de trabajo: Pedro (y los demás de la circuncisión) seguiría desarrollando su ministerio entre los judíos, y Pablo haría lo propio entre los gentiles, como había venido haciendo: “*pues el que actuó en Pedro para el apostolado de la circuncisión, actuó también en [Pablo] para con los gentiles*” (Gálatas 2:6-9).

El concepto que subyace en la reflexión de Pablo en Gálatas 2:7-8 es nada más y nada menos que el telón de fondo sobre el que se desarrolla la historia del cristianismo primitivo, con una Iglesia judía que seguía guardando la ley y una Iglesia gentil exenta de guardar dicha ley (salvo algunos preceptos donde coexistían gentiles y judíos). El concilio de Jerusalén pone en evidencia la existencia de estas dos iglesias contemporáneas: la judeocristiana y la gentil.

Hechos 15 y 21:17-25 refleja sólo la punta del iceberg de esta realidad. En nuestros estudios bíblicos, pasamos de puntillas por este cuadro histórico que nos muestra el libro de los Hechos, además de no diferenciar las dos Iglesias: la de la circuncisión y la de la incircuncisión.

Exclusión progresiva de la Iglesia judeocristiana

Ya hemos dicho que en el cristianismo primitivo la coexistencia de una iglesia judeocristiana y otra gentil fue compatible (Gálatas 2:7-9). En el concilio de Jerusalén se selló la concordia entre estas dos Iglesias (Hechos 15:1-35; 21:17-25). No obstante de que esto fue así, el tiempo fue mostrando que esa fraternidad, en cuyo consenso fue partícipe el Espíritu Santo (Hechos 15:28), se fue viciando y, finalmente, degradando hasta casi el odio en la medida que la Iglesia helenista fue adquiriendo protagonismo, mayoría y reconocimiento, ¡al precio de ir perdiendo el vínculo con sus raíces naturales! - ver Romanos 11:11-24. Todo parece indicar que del rechazo a lo “judaizante” se pasó al rechazo de lo “judeocristiano” y de esto al rechazo a todo lo que olía a “judío”.

En efecto, a finales de la “época apostólica” ya se perfila cierta intransigencia con “los de la circuncisión” (los que imponían la ley); el autor de la pastoral, cansado de ellos, los incluye en el grupo de “contumaces, habladores de vanidades y engañadores” (Tito 1:10).

**del rechazo a lo
“judaizante” se pasó al
rechazo de lo
“judeocristiano” y de esto
al rechazo de todo lo que
olía a “judío”**

Más tarde (año 110), Ignacio de Antioquía escribió a los magnesios: “*Es absurdo apelar al nombre de Jesucristo y después vivir a lo judío; no es el cristianismo el que creyó en el judaísmo, sino el judaísmo el que creyó en el cristianismo, donde se han reunido cuantos creen en Dios*” (“*El primer siglo cristiano*”, Ignacio Errandonea S.I.). No es ahora el momento para discutir la declaración de este mártir de Jesucristo, pero sus palabras nos acercan al sentir que la Iglesia helenizada iba asumiendo acerca de los judeocristianos. **¡El espíritu del concilio de Jerusalén se estaba olvidando!** Tenemos que esperar un poco más, a mediados del siglo II, para escuchar al obispo de Asia Menor, Melitón de Sardes, el pernicioso dicho que llegaría a demostrarse en la historia posterior como muy nefasto: “*Oídlo todas las estirpes de los pueblos, y vedlo: Un asesinato jamás sucedido antes tuvo lugar en Jerusalén [...]. Dios fue asesinado, el Rey de Israel fue eliminado mediante la diestra de Israel*”.

Nacía así el reproche de que los judíos son asesinos de Dios. Aquí no se apuntaba ya a convertir a los judíos, sino a combatirlos (“El Cristianismo”, Hans Küng). Todos conocemos la historia del antisemitismo en Europa que llegó a su clímax con el Holocausto. Antisemitismo del cual el cristianismo de occidente no fue ajeno. Según los estudiosos, no existe mucha información directa sobre la “Iglesia judeocristiana” tras la guerra del año 70; y la que

hay procede de reseñas de apologistas cristianos de los siglos II, III y IV, como Justino, Tertuliano, Ireneo, Eusebio, etc. Reseñas que pertenecen a la historia que escribió la Iglesia vencedora.

¿Qué fue del apostolado de la circuncisión en Mesopotamia y en Egipto, mediante el ministerio de los otros once Apóstoles que Lucas silencia?

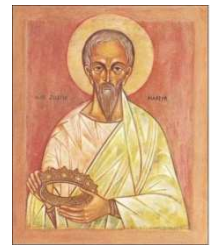
[Continuará]



TESTIMONIO DE JUSTINO SOBRE LOS JUDEOCRISTIANOS EN EL SIGLO II

[Al comienzo del capítulo 46 del *Diálogo con Trifón*, éste plantea una pregunta: "Pero si aun manteniendo que quieren vivir observando las instituciones de Moisés, sin embargo creen en este Jesús crucificado, reconocen que él es el Cristo de DIOS, que a él le ha sido dado juzgar al mundo sin excepción, que él tiene la realeza eterna, ¿pueden ser estos también salvados?". Antes de responder a la pregunta de Trifón, Justino muestra que los mandamientos de la Ley mosaica han sido impuestos al pueblo en razón de su dureza de corazón, estos mandamientos no tienen importancia "para la práctica de la justicia y de la piedad". Al comienzo del capítulo 47, Trifón renueva su pregunta: "Si alguien, sabiendo todo esto, cree que Jesús es el Cristo y le obedece y quiere observar estas prescripciones, ¿será salvado?" En su respuesta, Justino establece un principio fundamental: "A mi parecer, Trifón, este hombre será salvado con tal de que no trate de imponer esas prácticas a los demás hombres, entiendo a los de las naciones, quienes por Cristo están circuncidados del error, diciéndoles que no se salvarán si no los observan". Justino precisa entonces su posición, pues sabe que algunos cristianos no tienen el mismo punto de vista que él. "Si, por el contrario, por debilidad de espíritu, quieren observar todo lo que pueden ahora de las observancias que Moisés ha instituido, como sabemos, porque el pueblo tenía endurecido el corazón, y al mismo tiempo esperar en nuestro Cristo y observar las prácticas eternas de la Justicia y de la religión naturales, si consienten en vivir con los cristianos y los fieles, sin querer imponerles, como ya he dicho, circuncidarse como ellos,

guardar el sábado y observar todas las otras prácticas semejantes, declaro que es preciso acogerlos y mantener buenas relaciones con ellos en todas las cosas, como con hermanos nacidos de las mismas entrañas. Pero, digo yo, si aquellos de vuestra raza, Trifón, que dicen que creen en Cristo, usan de todos los medios para obligar a los gentiles que creen en Cristo a vivir según la ley instituida por mediación de Moisés, o si no consienten en mantener buenas relaciones con ellos en esta misma vida religiosa, yo hago como ellos y no los recibo. En cuanto a los que se dejan persuadir por ellos para vivir siguiendo la Ley, y al mismo tiempo continúan confesando al Cristo de DIOS, admito que pueden ser salvados. Para aquellos incluso que, después de haber confesado y reconocido que este Jesús es el Cristo, se ponen, por una causa cualquiera, a vivir según la Ley y llegan a negar que él es el Cristo, si no se arrepintiesen antes de morir, declaro que no serán salvados completamente"].



Icono de Justino

Diálogo con Trifón, 46-47 (traducción de L Pautigny y G Archambault, revisada y puesta al día en La philosophie passe au Chnst l'oeuvre de Justm Pam, 1982).

Los judeocristianos: testigos olvidados
Jean-Pierre Lémonon.
EVD

LAS PIEDRAS CLAMAN...

ASIRIA Y LOS REYES BÍBLICOS

A medida que conocemos el entorno histórico de los pueblos que se relacionaban con el Israel bíblico, aparecen nuevos vestigios que coinciden –y por lo tanto respaldan- el marco que la narración bíblica expresa. Los documentos hallados lógicamente aportan otra perspectiva, con énfasis diferente y descripciones distintas de los mismos hechos. Este es el caso del imperio Neo-Asirio.

Desde los primeros descubridores en la alta Mesopotamia, como Paul Émile Botta, que localizó el impresionante palacio de Sargón II en Khorsabad, o Austen Henry Layard descubridor en Nimrud del conocido Obelisco Negro de Salmanasar III, numerosos materiales de la cultura asiría han salido a la luz. Entre ellos están las inscripciones cuneiformes, con referencias a reyes de Israel, que amplían la información de la Biblia y confirman su historicidad.

Uno de los reyes mencionados es Acab; segundo rey de la dinastía Omrita al que se le atribuye la terminación de las grandes construcciones de su capital Samaria. Participó en la batalla de Qarqar en Hamat cerca del río Orontes sobre el año 853 a.C. El acontecimiento no está narrado en la Biblia, pero lo conocemos por la inscripción realizada sobre la estela del rey asirio Salmanasar III, descubierta por J.E. Taylor en Kurkh, cerca de Diyarbekir, junto al río Tigris.

La estela describe una de las campañas militares realizada por Salmanasar hacia occidente, donde éste se atribuye la victoria sobre una coalición de 12 reyes, entre los cuales estaba Acab. La alianza intentó frenar la expansión de Asiria, que ya había sometido a los estados del norte de Hamat en el Eufrates superior y Cilicia.

El ejército israelita por el número de efectivos aportados, 2.000 carros y 10.000 soldados de infantería, parece ser el mayor de cuantos intervinieron.



Estela de Salmanasar III

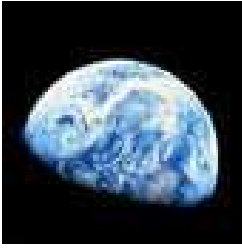
Este enfrentamiento provisionalmente terminó en tablas, pues al menos durante unos años se detuvo el avance asirio hacia el Mediterráneo.

La historia bíblica muestra el reinado de Acab en el libro de 1 Reyes 16:28-34 y 20:1 al 22:40.

Texto: ANET 278-9 J.B. Pritchard “...incendió Qarqar, su ciudad real. 1.200 carros, 1.200 soldados de caballería, 20.000 soldados de Adad idri (Hadad ezer) del país de Imerishu (Aram), 700 carros, 700 soldados de caballería, 10.000 soldados de Irhuleni de Hamat, 2.000 carros, 10.000 soldados de Acab del país de Israel...”

FUENTE:
<http://www.sentircristiano.com>





¡LA TIERRA NO ES PLANA!

POR LA FE...

El autor de la epístola a los Hebreos, después de definir qué es la fe (“la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”), confiesa que “por la fe” entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios (Hebreos 11:1,3).

Es de sumo interés subrayar la humildad del hagiógrafo al señalar la autoría de la creación del universo, teniendo en cuenta que pudo haber dogmatizado apelando a la autoridad de la Escritura y pontificar: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” porque **así lo dice** la palabra de Dios (Génesis 1:1).

La frase **por la fe**, que el autor que estamos citando repite 18 veces en el capítulo 11 de su epístola, refiriéndose a la actitud que asumieron varios personajes de la edad patriarcal bíblica, movidos precisamente por dicha fe; esa frase –decimos– debería ser el fundamento etimológico de nuestras convicciones cristianas. Desde un punto de vista apologético, remitirse al testimonio de la Escritura como única autoridad para afirmar cualquier verdad, cualquiera que sea su naturaleza, contribuye más a su descrédito que a su credibilidad. Al apóstol de los gentiles no se le ocurrió citar la Escritura hebrea como fuente de autoridad entre los filósofos atenienses (Hechos 17:16-31).

Decir, por ejemplo, que Dios creó el universo en seis días (ni uno más ni uno menos) porque así lo dice el libro de Génesis, puede causarle bastante risa al escéptico (y a muchos creyentes) ¡a pesar de que el universo está ahí, delante de nuestros ojos! Que la Biblia (una colección de libros de diferentes naturalezas, escritos por distintos autores, con un carácter especialmente religioso) merezca alguna autoridad por encima de aquella que hoy reconocemos a muchas y diferentes disciplinas científicas (Química, Astronomía, Biología moderna, etc.), es otro reto para la fe. Con esto no estamos cuestionando la autoridad que tiene la Biblia para el hombre y la mujer “de fe”; no, estamos llamando la atención sobre los criterios por los cuales desde la “fe” dogmatizamos sobre aspectos que a ésta no le compete, que es algo diferente.

Como el autor de la epístola a los Hebreos, deberíamos decir: **por la fe** creemos que Dios es el creador –la causa– del universo; que ese mismo Dios es el origen de la vida en nuestro planeta Tierra; que el ser humano pertenece a una raza caída y necesitada de redención; que ese Dios se ha manifestado en la historia de esta humanidad por medio de personas escogidas y, finalmente, por medio de su unigénito Hijo: Jesucristo... **¡por la fe!**

Independientemente del testimonio histórico registrado en papeles y en piedras, y de los demás hallazgos arqueológicos (valiosísimos sin duda), que avalan los eventos que la Escritura narra, sólo por la fe, y con humildad, debemos anunciar sus consecuencias teológicas y espirituales. Y con la convicción que dicha fe otorga, seguir proclamando la buena nueva: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él crea, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). **¡Por la fe!**

¡EL DINERO!

Un hombre acudió a su párroco y le dijo: "Ayer murió mi perro, Padre, y querría ofrecer una misa por su eterno descanso."

El párroco respondió escandalizado: "¡Nosotros no ofrecemos misas por los animales! Inténtelo en la iglesia de los protestantes que hay en la esquina. Es probable que ellos quieran rezar por su perro..."

"La verdad es que le tenía un enorme cariño", dijo el feligrés, "y me gustaría ofrecerle una despedida decente. Pero, claro, no sé lo que se acostumbra a dar en estos casos... ¿Cree usted que bastará con quinientos dólares?"
"¡Un momento!", dijo el párroco. "¡No me había dicho usted que su perro era católico!"

La oración de la rana, Vol. II
Anthony de Mello

PARA QUE NO OS ENTRISTEZCAIS COMO LOS OTROS QUE NO TIENEN ESPERANZA...

(1 Tesalonicenses 4:13)

Desde que la sangre caliente y la mirada examinadora, ¡la vida!, abandonara al primer ser viviente, convirtiéndolo en un silencioso e inerte cadáver, la muerte ha sido en todas las culturas un misterio insoportable; por eso todos los pueblos han buscado, de alguna forma, una respuesta "adecuada" que hiciera soportable dicho enigma. Había que sociabilizar la ausencia del fallecido, hacerlo cercano por medio de los ritos y las conjuras a su "espíritu", que debía de estar en alguna parte, accesible a los vivos.

A pesar de que en el Seol (donde creían que iban después de la muerte, tanto pobres como ricos, buenos o malos, chicos o grandes), "no había obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría" (Eclesiastés 9:10); ni se podía alabar al creador de la vida, ni anunciar su verdad... (Salmos 5:6; 30:9), la cultura hebrea, afianzada a un Dios que era el autor de la vida, apostó por la esperanza de volver un día a vivir: "Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios" (Job 19:25-26). Jesús tomó el testigo de esta esperanza que supone la existencia de un Dios vivo: "El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob -dice Jesús a los escépticos, a los agnósticos y a los ateos- no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven" (Lucas 20:38).



A Marta, hermana del difunto Lázaro, dijo: "Tu hermano resucitará" (Juan 11:23) Y a los creyentes tesalonicenses, apenados por la muerte de sus seres queridos, Pablo les escribió: "Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él" (1 Tesalonicenses 4:14).

La muerte, el cese de la vida, la frialdad tenebrosa del cadáver, no importa en qué circunstancia ocurrió, si en lo profundo del mar, bajo una montaña de nieve, en las entrañas del fuego, o como alimento de la enfermedad, es sólo un "sueño" del cual despertaremos cuando el Cristo resucitado llame con autoridad a los que durmieron; mientras tanto, también por la fe, nos anticipamos a exclamar jubilosos: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?... Así que, hermanos míos amados -dice Pablo- estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano" (1 Corintios 15:55-58).

In memoriam
27-02-2010

-----0-----

SUGERENCIAS DEL MES

Breve historia del texto bíblico (Doctor Gonzalo Báez Camargo)
<http://restauromania.files.wordpress.com/2009/07/historiatextobiblico.pdf>

Historia del texto del Antiguo Testamento (ppt/pdf)
<http://restauromania.files.wordpress.com/2009/07/histextbibliaat1.pdf>

ENLACES DE INTERÉS

Seminario Reina Valera:
<http://www.seminarioabierto.com/Default.htm>
La Verdad para Hoy: <http://www.biblecourses.com/>
Escrituras (patrística, apócrifa...): <http://escrituras.tripod.com/>
Historias de la ciencia: <http://www.historiasdelaciencia.com/>
Libros descargables: <http://www.scribd.com> (hay que inscribirse)

"Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios" (Salmos 51:17).

¡Restauromania...? es un boletín personal e independiente que tiene como propósito el estudio de la identidad de la Iglesia apostólica del siglo I desde una hermenéutica que contextualice el entorno cultural, político e institucional donde y cuando la Iglesia tuvo su origen.

Blog: <http://restauromania.wordpress.com>
E-mail: jnn316@hotmail.com